

Domingo 1 noviembre 2009
El Evangelio de hoy

Mateo 4,25-5,12
Santos e inmaculados por el amor

Este domingo 1 de noviembre la Iglesia celebra la conmemoración de todos los santos, es decir, de todos esos hombres y mujeres que pasaron por este mundo y ya gozan de la felicidad eterna que concede la visión de Dios.

El paso de todos los santos por la tierra ya concluyó. Tuvo un comienzo y un fin, que en cada uno de ellos es posible ubicar en el tiempo. La vida que poseen ahora tuvo un comienzo, pero no tiene fin; es eterna y es bienaventurada.

Los santos son los que han cumplido el proyecto de Dios; ellos son los hombres y mujeres en los cuales la naturaleza humana se realiza en forma perfecta. Todos los demás poseemos la naturaleza humana, pero, en mayor o menor medida oscurecida por el pecado. El proyecto de Dios, como todo lo suyo, es eterno. Lo expresa San Pablo en forma sintética: «Dios nos ha elegido en Cristo antes de la creación del mundo para que fuésemos santos e inmaculados en su presencia por el amor» (Ef 1,4). Dios nos eligió (eligió que cada uno viniera a la existencia con su propia personalidad única) para que fuésemos santos. Los hombres y mujeres que celebramos hoy han cumplido esa finalidad. Ellos se han purificado -son inmaculados- por el amor y están en la presencia de Dios.

Cuando examinamos la vida de los santos, encontramos en ellos un rasgo común: ellos han entregado su vida por el bien de los demás. Este rasgo es la definición del amor sobrenatural en su grado máximo, según la afirmación de Jesús: «Nadie tiene amor más grande que el que da la vida por sus amigos» (Jn 15,13). Todo santo es santo por el amor. Podemos entonces decir que hemos sido elegidos desde antes de la creación del mundo para amar, para entregar la vida por los demás.

Este programa de vida -entregarla- podría parecer a muchos difícil, doloroso, amargo. Así parece a quienes se afanan por gozar de los placeres de esta vida terrena sin preocupación por los demás, incluso en daño de los demás o sirviéndose de los demás. Pero esta opinión, que es la que prevalece, es contraria a la realidad. En efecto, los santos han sido los hombres y mujeres que han gozado de mayor felicidad en este mundo. Ellos poseen una felicidad que es mayor que todo el go-

zo que puede ofrecer este mundo. Ellos son bienaventurados ya en esta tierra.

Esto es lo que afirma Jesús en el Evangelio que describe mejor la vida de los santos en esta tierra: «Felices los pobres de espíritu... felices los mansos... felices los que lloran... los misericordiosos... los limpios de corazón...». Ellos son felices, porque ya gozan de Dios en esta tierra y, sobre todo, porque ese gozo será pleno en el cielo: «De ellos es el Reino de los cielos... ellos verán a Dios... ellos serán llamados hijos de Dios».

La santidad, en último término, es una obra de Dios; y, sin embargo, los santos tienen mérito. Por eso en el Prefacio de la misa en honor de los santos nos referimos a ellos diciendo a Dios: «Al coronar sus méritos, coronas tu propia obra». Es expresión del misterio de la colaboración de la gracia con la libertad humana. Todos podemos verificar, por medio de una sencilla experiencia, que la santidad no es el resultado de un esfuerzo humano o de un razonamiento humano: sabemos que la felicidad no consiste en la riquezas de este mundo, sabemos que la felicidad la poseen los santos; pero esto no es suficiente para que nos decidamos a entregar la vida y ser uno de ellos. Es necesario pedirlo insistentemente en la oración. Es un don de Dios.

+ Felipe Bacarreza Rodríguez
Obispo de Santa María de Los Ángeles